11426

PEDRO MUÑOZ SECA
Y
PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ

Un drama de Calderón

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS, ORIGINAL

Copyright, by P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández, 1919

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
— 15
1919

A Rafael Ramírez, tan buen cómico que cuenta hasta con la admiración de "Parmeno", al inimitable Calderón, al buen amigo al invencible succionador de tagarninas de la Habana, que se ha fumado hasta la fecha, a razón de 0'60 metros diarios (cuatro puros al día por término medio) la cantidad de 4758 metros...

Problema: La Giralda tiene 100 metros; la Torre de Sta Cruz, 50. ¿Cuantas torres se ha fumado Ramírez?

Solución: Amigo Rafael: te has fumado cuarenta Giraldas y doce torres de Sta Cruz y treinta metros más.

Es decir: que haciendo un

UN DRAMA DE CALDERÓN

puro de todos y puesto tu en la Puerta del Sol, dispuesto a fumártelo, (de lo que te creemos muy capáz) hubiera tenido que ir un amigo a encendértelo a Carrillejas, término municipal de Alcalá de Henares. (A cuatro kilómetros y medio de Madrid)

Recibe un fuerte abrazo de tus agradecidos y matemáticos admiradores

Mariano Pera

Pedro Pérez Fernández

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

UN DRAMA DE CALDERÓN

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

Estrenado en el TEATRO INFANTA ISABEL de Madrid,
la noche del 17 de enero de 1919

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, M 551
1919

A José Fernández del Villar, sus buenos amigos, compañeros, admiradores y paisanos,

Pedro Muñoz Seca.

Pedro Pérez Fernández.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARY	Sra.	Gámez.
SIMONA	Srta.	Moneró.
PETRA		Jiménez.
JORGE	Sr.	García Aguilas.
CALDERÓN		Ramírez.
MIGUEL		Alarcón.
LUIS		Maximino.

ACTO PRIMERO

Una alcoba elegantísima. A la izquierda del actor, primer término, puerta de entrada. En el foro izquierda, un balcón. En la lateral derecha, primer término, una puertecita que conduce al cuarto de baño. La cama, una cama de matrimonio, alta y amplia estará a la derecha. A la izquierda adosada a la pared, una «chaise-longue.» Es de noche. La acción en Madrid. Epoca actual.

(Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Por la puerta de la izquierda entran sigilosamente SIMONA y MIGUEL. Simona es doncella de la casa y Miguel, sereno de la calle. Simona, que tiene veinte años, habla como mascando. Miguel, que frisa en los cuarenta, gasta unos grandes bigotes, tiene una cara de sinvergüenza que atufa y es andaluz; trae, como es lógico, su buen chuzo, su cinturon con las llaves y su farol, apagado por más señas.)

SIM. ¡Chisst!

MIG. ¿Pero a dónde me traes, Simona?

SIM. Aquí. Ni en la cocina ni en el comedor podemos hablar porque las paredes son muy delgadas y se oye desde la casa de al lado.

MIG. ¡Ya!

SIM. Y si a los señoritos les van con el soplo de que yo te recibo cuando ellos salen, pues para qué quiero más.

MIG. ¿A dónde han ido esta noche?

SIM. Al teatro Real. Acaban de salir ahora mismo.

MIG. (Recreándose en la habitación.) ¡Vaya un nido, Simona! ¡Menudo conforte! Este es un lecho

671748

y no er catre de tijera que tengo yo en mi sotabanco, que a fuerza de sé de tijera me tiene er pellejo cortao.

SIM. ¡Qué quieres Miguel! No todo el mundo nace opulento.

MIG. Es verdá. Bueno, tú; a vé si vuelven por causalidá y me cogen aqui contigo sin habé liquidao. Dame los tres reales de hoy, que me voy.

SIM. Por eso creo yo que subes tú todas las noches; por los tres reales y no por verme.

MIG. (Digno.) Ofensas, no, Simona. No mezcles los asuntos firnancieros con los asuntos del corazón. Tú, pué sé que me des los tres reales porque me quieres, pero yo no te quiero porque no me das más que tres reales; digo no; ¡yo no te quiero por los tres reales que me das! Hay que distinguir. Y si quiero marcharme, flor de la Alcarria, es porque ya sabes los suores que me ha costao el quedarme de sereno suplente de esta calle y como esta noche debuto deseo ercederme en er cumplimiento der debé. Además, que no quiero que me pille aquí nadie contigo. Podrían figurarse otra cosa y pa mí tu virtú, es sagrá. Míralo. (Jura.)

SIM. ¿De verdad que me quieres, Miguel?

MIG. Pregúntaselo a estas dos niñas que tengo aquí de pupilas pa un rato.

SIM. ¡Mira tú que si fueras casao!... Dime la verdad. ¿A que eres casao?

MIG. ¡Pero cómo seis! ¿Te crees tú que si yo fuera casao te lo iba a desí?

SIM. ¿Verdad que no?

MIG. Claro que no.

SIM. ¿Verdad que te vas a casar conmigo?

MIG. Como me llamo Miguel Cervantes, que me caso contigo y tres más. Y con lo que tú vas ahorrando, menos lo que yo te voy gastando, juntamos capitales y ponemos una taberna en Sevilla.

SIM. ¡Ay, Sevilla! ¿Cómo será Sevilla? Una cosa así como Guadalajara, ¿no?

MIG. (Indignao.) ¿Qué has dicho, cogolludense? ¿Sevilla como Guadalajara? ¿Vas a compará esa población donde hacen los biscochos borrachos con la ¡¡ciudad!! donde hacen los borrachos biscochos? ¡¡Sevilla!!... ¡¡Guardaquivíl!...

Hombre, me has tocao la cuerda sensible. Mira, (Se sienta.) er día que tú llegues a Sevilla, te da una arferesía de escalofrío.

SIM. No exageres, Miguel.

MIG. ¡Qué ví a exagerá! Allí trasladaron a un mozo de la estasión de Guadalajara; pregonó: (Con mucha pata.) ¡¡Sevilla, quinse menutos... fonda!! Y salió er jefe y le pegó un tiro.

SIM. ¡¡Miguel!!...

MIG. Allí se dise así: (Cantando.)

Arená de Sevilla, cariño,
quinse minutos.
Deme usté la maleta, mi niño,
venga ese burto.

SIM. Ja, ja, ¡hay que ver!

MIG. ¿Dónde tiene Guadalajara una torre como la de mi tierra? ¿Y en qué torre der mundo pasa lo que pasa en la Girarda? Contesta.

SIM. ¿Pero qué pasa en la Girarda?

MIG. ¡Mardita sea la má, que no lo sabe! Pos en la Girarda, mira tu si será artísima, que tos los días a las dose sube un arbañí a lo urtimo y con un ladrillo de quita y pon que tiene la torre en to lo arto, hase asin... (Acción de quitarlo.) ¡¡para que pueda pasar er sol!!

SIM. ¡Ja, ja! ¡Hay que ver! Escucha; y la torre del Oro, ¿qué es?

MIG. ¡Otra torrecita! ¡Casi na! La torre del Oro se llama así porque es una torre que está llena de onsas isabelinas y donde entra uno y empiesa uno a escogé moneas y esta no quiero, esta tampoco, esta dejo, esta tiro... se sale uno sin ninguna.

SIM. ¿Y allí puede entrar cualquiera?

MIG. No, mujer; hay que sé sosio.

SIM. (Entusiasmada.) ¡Ay, Miguel! ¿Cuándo me llevas allí?.. ¿Cuándo nos casamos?

MIG. En cuanti que encuentre yo un bujero don de meterme. Porque esto de suplente de sereno no es pa echá coche.

SIM. ¿Por qué no trabajas, Miguel?

MIG. ¿Que tó er mundo me tiene que preguntá lo mismo? Pero, ¿en qué? Vamos a ve ¿en qué?

SIM. En algún oficio.

MIG. Hombre, de la Alcarria tenías tú que sé ¡En

argún oficio. ¡Como si a mi edad pudiera yo presipiá de aprendí en ninguna parte! Los ofisios hay que aprenderlos de chavá, no ahora. Además, que a mí me han dicho las cartas tres veces... Oyelo bien, ¡tres veces! que he de llegá muy arto; y argo pasa: yo no soy un cualquiera. Argún misterio ocurto guarda mi familia. A mí me va a caé una herencia o a mí me va a ocurrí argo gordo.

SIM. ¿Qué dices, Miguel?

MIG. Lo que estás oyendo. (Misterioso.) A mí m'ha susedío una cosa el otro día, que m'ha puesto los pelos de punta.

SIM. ¡Ay, no me asustes! ¿Qué fué?

MIG. Pa ti no debo yo tener secretos y ahí va. Na; que quedó vacante una plaza de ordenansa en la Academia de la Lengua y fuí yo y eché una istancia pidiendo er puesto.

SIM. ¿Y qué?

MIG. Que me contestaron con un ofisio muy fino diciéndome que antes que firmá mi credensial se cortaban todos la mano derecha porque era un sacrilegio tener allí de ordenansa nada menos que a Miguel Cervantes. ¿Eh? ¿Qué te parese? ¿Quién seré yo, Simona?

(Dentro, se oye abrir una cerradura.)

SIM. (Aterrada, acercándose a la puerta de la izquierda.) ¡Calla!

MIG. ¿Eh?

SIM. ¡¡La señorita!!... ¡Se le habrá olvidado algo!

MIG. ¡Simona, mis tres reales!

SIM. Como te vea son los últimos, porque me echa. ¡Escóndete!

MIG. (Dirigiéndose a la puerta de la derecha.) Espera.

SIM. ¡No! Ahí no; que ese es el cuarto de baño y no tiene otra salida.

MIG. Pero ..

SIM. ¡¡Qué vienen!!... ¡Métete debajo de la cama!

MIG. ¡Simona, que son ya las diez y estarán cerrando las puertas!...

SIM. (Apuradísima.) ¡Es un momento!... ¡Pronto!...

MIG. (Metiéndose bajo la cama.) ¡Simona, por tu madre, que yo...!

SIM. ¡¡Calla!!...

(Comienza a destapar la cama. Por la puerta de la izquierda entran en escena MARY, PETRA y LUIS. Los tres son jóvenes y vienen, él de frac y ellas con trajes

de soirée. Mary es una deliciosa muñeca rubia, aturdida, cascabelera, graciosamente ingenua, tocada de histerismo y un poco exótica. Entra gritando, enfadadísima.)

MARY ¡Ah! Hija no, yo me divorcio. ¡Ya lo creo que me divorcio! Nos hemos casado en Washington y las leyes de mi país lo permiten. ¡Pues tuviera que ver!

LUIS (Riendo.) Vamos, mujer, por Dios...

MARY ¿Pero qué se ha figurado ese marroquí de mi marido? Sí, marroquí, marroquí; no rectifico.

PETRA (Riendo.) ¡Por Dios, Mary! ¡Te exaltas de un modo!...

MARY (A Simona) ¿Qué hace usted aquí, con esa cara de asustada?

SIM. (Asustadísima y queriéndolo disimular.) ¿Yo? ¿Asustada? Pero, ¿por qué? ¡Jesús!

MARY Márchese, no la necesito.

SIM. Si... la señora desea... ¿Se la ha olvidado algo a la señora?

MARY ¡La paciencia! Váyase; déjeme.

SIM. ¿Quiere la señora que le haga tila, como otras veces?...

MARY ¡Quiero que me deje usted en paz! ¡Vamos!

SIM. Sí... sí, señora. (Haciendo mutis por la izquierda.) (¡Ay, Dios mío, qué apuro!)

LUIS Siéntate, Petra; yo no subo tranquilo a nuestro cuarto sin tener la seguridad de que a ésta no le da ningun síncope. (Se sienta.)

PETRA (Sentándose también.) Opino lo mismo que tú y creo, Mary que debes seguir hablando mal de tu marido; aunque sea mi hermano no te importe. Si eso ha de calmarte, duro con él.

LUIS (Frotándose las manos y riendo.) ¡Venga, venga!

MARY Lo que me faltaba es que me tomárais a broma. ¿Pero es que no habéis visto el ratito que me ha hecho pasar en el palco?...

PETRA Perdona; el ratito se lo has hecho pasar tú a él.

MARY ¿Por qué? Porque al salir el tenor dije que era el hombre más guapo que yo había conocido. Pues hija; y es la verdad. Ya quisiera tu hermano tener el tipo del tenor ¡Ah!...

LUIS (Tomándole el lindo pelo.) ¡Claro, dónde va a parar!

PETRA (A Luis.) ¿Pero, qué dices, hombre?

MARY — Déjalo, porque tu marido es el único que a mí me entiende. A mí no me vuelven loca un tenor, ni un coro de tenores. Yo no quiero ni querré más que a mi marido: pero ¿tengo yo la culpa de que el tenor sea más guapo que él? ¡Ah!...

PETRA — Si no aludo yo a lo del tenor, Mary, sino a lo otro.

MARY — ¿Cómo?

PETRA — A lo otro.

LUIS — (Sin darle importancia.) ¡Ah, vamos! Esta se refiere a cuando te llevaste cinco minutos mirando con los gemelos a aquel pollo rubio de la platea y diciendo a cada instante: «¡qué muchacho más simpático; lo que me gusta a mí ese muchacho!»

MARY — Claro, no todos los días se encuentra una con un rubio dorado, rizado y escarolado como el de la platea.

LUIS — Nada, que no te entienden, Mary; que no te entienden.

MARY — Y mi marido menos que nadie. Porque, ¿qué ha hecho esta noche; me quieren ustedes decir? Estar correcto.

LUIS — ¡Bah!...

MARY — Morderse los labios, cerrar los puños, tragar saliva y decirme por lo bajo: «¡Mary, por Dios!... ¡Por Dios, Mary!...» ¡¡Ah!! ¡Sangre de horchata!

LUIS — Ni más ni menos.

MARY — Estoy cansada de tanta cautela, de tanto recelo, de tanta miradita ofensiva, de tanta palabrita insidiosa y todo pianísimo, «sottovoce». ¡Ah!... ¡No estalla; no explota!.. El día que me arme el escándalo, le voy a dar un beso que se va a oir en Washington. (Lloriqueando.) ¡Si él supiera que todo lo que hago es por eso! ¡Ay qué feliz hubiera sido yo si durante el raconto pianísimo del tenor, se hubiera levantado colérico y hubiera gritado con voz tonante, los pelos crespos y el bigote así: ¡¡Fu!! ¡¡Mary, te voy a extrangular!!

PETRA — ¡Ja, ja, ja!...

LUIS — ¡Bravo!

MARY — (Abrazando a Luis y llorando.) ¡Tú me comprendes, Luis, tú debías de haberte casado conmigo! ¡Qué pelotera hubiéramos armado

esta noche en el Real!. . ¡Tú sí que me gustas a mí!

PETRA (Separándolos.) ¡Mary, por Dios!

MARY ¿Pero qué voy a hacer yo? Si me gusta. Me gusta como me gustan los melocotones. ¿O es que también está feo que me gusten los melocotones? Nada; está visto. Esto se arregla con el divorcio. Y yo os suplico que me dejéis sola. Necesito pensar sobre esto antes de que venga mi marido.

PETRA Vamos, Mary; no digas tonterías. ¡A los cuatro meses de casados!...

MARY Claro, diciendo cuatro meses, parece poco tiempo. (Contando con los dedos.) Uno, dos, tres, cuatro, ya se acabó. Pero cuenta por días y verás; son ciento veinte. Espera, vamos a contarlos. Uno, dos...

LUIS ¡No, por Dios!

MARY ¿Ves? ¡Ah!

PETRA ¿Pero es tan grande tu desesperación?

MARY ¡Uf!...

PETRA Decir uf, no es decir nada.

MARY Aquí. En Washington, dice una ¡uf! y va el juez y decreta el divorcio. ¡Ah!

LUIS ¡Caramba!

MARY Sobre todo cuando la mujer se presenta completamente desengañada. ¡Y más desengañada que yo!... Como que el primer desengaño que me he llevado con mi marido no data de ahora, ¡quiá! Fué antes de casarme con él.

LUIS ¡Anda morena!

MARY Anda rubia, digo yo.

PETRA ¿Pues por qué te casaste con él?

MARY Porque ya le había dado mi palabra. Las yankis somos así. ¡Ay! ¡Qué bien estaba yo de soltera! Libre como el gorrión, saltando de mi boudoir al despacho de mi padre, del despacho a la fábrica, de la fábrica a la oficina, enredándolo todo, sin que nadie me mandara, haciendo siempre mi gusto. Las picardías que le tengo hechas al profesor de español que me puso mi padre. Era un muchacho asturiano, gordito, colorado y pelusoncito como un melocotón.

LUIS ¡Cómo te gustaría!

MARY (Enfadada,) Me gustan los melocotones, pero los hombres que se parecen a los melocoto-

nes no me gustan. Ya sabes que me encantan también los melones y sin embargo no me gustas tú. ¡Ah!

LUIS Pues antes digiste que sí.

MARY Antes era antes y ahora es ahora y déjame hablar, porque se me va el hilo. (Secándose una lágrima.) ¡Cómo me iba yo a figurar que por aprender el español iba a ser tan desgraciada!

PETRA ¡Ah! ¿Pero?...

MARY Sí, hija, sí. El melocotón que me daba lecciones me dió a leer unos libros de versos; entre ellos uno con las coplas de Jorge Manrique. (Recitando melifluamente.)

¡Cuán presto se va el placer!
¡Cómo después de acordado
da dolor!
¡Cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor!...

¡Y me enamoré de Jorge Manrique como una chiva!

LUIS (Saltando.) ¡Mary!

PETRA (Idem.) ¿Qué dices?

MARY (Asustada.) ¿Qué he dicho?

LUIS Ese terminacho... una chiva... Dí siquiera, como una cabra loca.

MARY Yo entonces tenía idea de España, muy distinta de lo que es Yo me figuraba a Jorge Manrique un muchacho con patillas, capa, calañés y una pica. Y soñaba, soñaba con mi poeta, cuando un día leo en los periódicos de Washington que había llegado una Comisión de ingenieros y arquitectos españoles para estudiar fábricas y edificios. Venían los nombres: unos señores Pérez, Rodríguez, García... y entre ellos, ¡Jorge Manrique!

PETRA (Riendo.) ¡Mi hermano!

MARY Pegué un salto. ¡Him! Dí un grito. ¡Ay! y medio me desvanecí. Seguramente visitarían la fábrica de mi padre que es una de las mejores. No me engañé. Una tarde ¡zás! la Comisión, y mi padre ¡zás! tú que sabes el español recíbelos, y yo ¡zás! me pongo una mantilla, una falda de madroños, una chupa, una faja roja y un mantón de Ma-

nila. Le pregunté al profesor si estaba así bien.

LUIS ¿Y qué te dijo?

MARY Debí agradarle porque se sonrió y dijo: ¡Ole, aquí te quiero ver escopeta!

LUIS Sería para pegarte un tiro.

MARY Total, que el ladrón de tu hermano se dejó querer; que cuando me dijo que no era él el de las coplas, ya le había dado yo mi palabra y que aquí me tenéis casada con un hombre que me molesta como marido y como arquitecto. Como arquitecto, porque hace las casas muy chicas. En cuanto llega al sexto piso se cansa, y ¡¡plaf!! les pone el tejado. ¿Para qué ha ido a ver los rascacielos? Y como marido ya sabéis por qué. Hace todo lo posible porque nuestro matrimonio sea tranquilo y a mí me llevan los demonios. Un matrimonio tranquilo es un plato de natillas grande, grande, que hay que estar comiéndoselo siempre, siempre. ¡Inaguantable!

LUIS Claro, chica: el matrimonio debe ser agridulce: desvelos, desconciertos, sobresaltos, placideces, alegrías...

MARY ¡Eso, eso!... Y él con sus aventurillas y ella con las suyas...

PETRA ¡¡Mary!!

LUIS Naturalmente.

PETRA ¡Pero, Luis!...

MARY No te asustes mujer; aventurillas de... de cierta clase. Volar alrededor del fuego sin quemarse las alas. (Con mucho misterio.) Y una noche. a él, dormido se le escapa un nombre. ¡Rita! y una siesta, ella dormida exclama: ¡Pepe! ¡Y el escándalo!—que si tú—que si yo... ¡Te ahogo!—¡Te envenenó!—¡Aquí mando yo!—¡Mandamos los dos!—¡Esa es la puerta!—¡Te vas tú si quieres!—¡Mira, Mary!...—¡Atrévete valiente!—¡Pum! una silla que se chasca.—¡Plaf! tres platos que se rompen!—¡Ay!—gritos. ¡Burrur!... carreras. Y a los diez minutos, como lo de Pepe y lo de Rita no era más que «flirt», viene la reconciliación. Yo que lloro, él que me mima, el sol que sale y nosotros dos que nos vamos del brazo a dar un paseo, como si en la vida hubiéramos roto un plato.

LUIS ¡Eso es vivir!

MARY Claro, hombre. (En tono de plegaria.) ¡Ay, Señor, Señor; un sobresalto!... ¡Dios mío, un anónimo! ¡Qué me escriba alguien una carta! Qué me sorprenda él leyéndola! ¡Ay, yo daría mil pesetas porque me dieran un susto.

MIG. (Asomando la cabeza.) (Menudo va a ser el que te voy a dar y gratis.) (Un reloj da las once.)

LUIS Las once. Vámonos antes de que apaguen la luz de la escalera. (Mary hace sonar un timbre.)

PETRA Sí. (Se levantan.)

MIG. (Como antes.) (Ya estarán cerrando los portales y yo aquí, tan sereno.)

LUIS (Despidiéndose.) Bueno, Mary, acuéstate y duerme.

MARY Será lo mejor.

PETRA Hasta mañana y a ver si se te pasa eso.

MARY Id con Dios. (A SIMONA que muy asustada entra por la derecha.) Acompañe usted a los señoritos.

LUIS Deje, no, no hace falta.

PETRA Aún estará encendido. Que descanses.

LUIS Hasta mañana. (Se van Petra y Luis por la derecha.)

MARY Adiós. (Desde la puerta.)

SIM. (¡Dios mío!)

(Miguel saca la cabeza y cambia una seña con Simona.)

MARY (A Simona.) Desnúdeme usted.

SIM. (Sobresaltada.) ¡Ay, señorita!

MARY ¿Eh?

SIM. ¿Pero se va usted a desnudar aquí?

MARY Pues claro.

SIM. Sí, claro; el caso es que claro; pero si siquiera estuviese oscuro...

MARY ¿Cómo? ¿Qué? ¿Pero qué dices?

SIM. (Atontada.) No, si ya... Es que... Eso es...

MARY ¿Eh?

SIM. Nada, que.. ¿Por qué no toma usted un baño? Usted otras noches se baña antes de acostarse, que eso es muy sano. Se esponja el cuerpo y se... eso es.

MARY Bueno, sí, anda; prepáralo y avísame.

SIM. ¿Por qué no viene usted conmigo mientras yo lo.. ? ¿Porque es que?...

MARY ¿Qué? (Sentándose en la «chaise longue».)

SIM. Nada, que... El grifo está que... se hace así y... eso es.

MARY ¿Qué?

SIM. Que... que sale el agua... a chorros.

MARY Pero, por Dios, Simona, ¿es que está usted dormida o es que está usted tonta? Ande, ande.

SIM. Sí, señora. (Apuradísima. Iniciando el mutis.) (Tengo un temblor por dentro que...)

MARY Simona.

SIM. (Asustadísima.) ¡Ay! ¿Qué?

MARY ¡Criatura! Tráigame ese libro que está sobre la mesilla de noche.

SIM. Sí, señora. (Toma un libro que habrá sobre la mesilla de noche.) Tome usted.

MARY Apague la luz del cuarto y encienda la de esta mesita.

SIM. Sí, señora (Apaga la luz del cuarto y queda solamente encendida la lámpara que habrá sobre la mesita.)

MARY No tarde.

SIM. No, señora. (Haciendo mutis por la derecha.) ¡Ay santo Dios, ay santo fuerte y ay santo inmortal!... (Vase.)

MARY (Disponiéndose a leer.) Estas novelas policíacas son muy divertidas.

MIG. (Yo no aguardo a que se vaya; en cuanto que se embeba en la lectura le atizo un estacazo a la luz y aprovechando la oscuridad sargo de naja.)

MARY (Leyendo.) «La princesa quedó sola Una débil lámpara alumbraba la estancia. Los muebles proyectaban en las paredes sombras espectrantes. Debajo del lecho acechaba el espía ruso de los grandes bigotes..»

(Por la puerta de la izquierda, y muy embutidito en su gabán, entra pacíficamente PEDRO CALDERON con una cerilla encendida a la que hace pantalla con las manos. La luz le da en el rostro. Este Calderon es un hombre como de cuarenta y cinco años, viste bien y no usa bigote ni barba.)

CALD. ¡Hola, Pepa! (Mary al verle ahoga un grito, se pone de pie y como si fuera la cosa más natural del mundo, abre tranquilamente un cajoncito de la mesa y saca un pequeño revólver que oculta a la espalda. Calderón apaga la cerilla y comienza a quitarse cachazudamente el abrigo. Mary enciende la luz del cuarto y Calderón al verla grita lleno de pavor.) ¡¡Ah!!

MARY (Encañonándole con una tranquilidad que hiela.) ¡Caballero!

CALD. (Atontado, asustado y balbuciente.) Se...ñora; no se... asuste usted, no grite usted, no... se desmaye usted.

MARY (Sin dejar de apuntarle.) Ya ve usted que ni me asusto, ni grito, ni me desmayo.

MIG. (Asomando la cabeza.) (¡Caray! ¿Quién será este tío?)

MARY (Como antes.) Usted me dirá con quién tengo el gusto de hablar.

CALD. (Cada vez más asustado y amelonado.) Pues... conmigo; está usted hablando con ..migo. Pero tranquilícese usted. Yo vivo a...arriba; mejor dicho a...abajo. Es decir, no sé. ¿Este qué piso es?

MARY El principal.

CALD. Entonces, abajo; digo, arriba. Yo vivo en el... segundo. Soy nuevo en la casa y no sé cómo .. Sin duda el llavín de mi cuarto abre también en éste, y distraído... (Temblando.) Pero no... no tiemble usted. Soy un caballero; un caballero que se ha colado; pero un caballero (Mary rompe a reir locamente.) Se... señora, cálmese usted.

MARY El que tiene que calmarse es usted. Vamos, vamos, no se asuste. Venga, siéntese, tranquilícese. (Le hace sentar casi a la fuerza.) Está usted muy alterado. Le ruego que se tranquilice. ¿Quiere usted un poco de agua?

CALD. Se ..ñora, yo vivo arriba..

MARY Sí, sí; ya me lo ha dicho usted tres veces. Pero yo no puedo consentir que suba usted las escaleras en ese estado de nervios. (Dándole palmaditas en el muslo.) Sosiéguese, sosiéguese.

CALD. Sí, señora; pero... (Por el revólver.) guarde usted ese chisme.

MARY Es verdad; usted perdone. (Deja el revólver sobre la mesa.)

CALD. Yo no soy un salteador, ni un seductor, ni un apache. Yo soy cómico; me llamo Pedro Calderón y tengo cédula personal de oncena clase. ¿Quiere usted que se la exhiba?

MARY ¡Por Dios!

CALD. Hace siete días que vivo en esta casa. Mi equivocación es disculpable...

MARY Si ya me parece reconocerle a usted... Usted es el señor gordo que tocó ayer distraídamente en la puerta de este piso...

CALD. No; no, señora. Yo gordo, vamos, no creo... Ese es el inquilino del principal derecha; uno hidrópico, algo cegato. Ese gordo suele tocar siempre en el primero.

MARY ¡Ah!

CALD. Sí, señora.

MARY ¿Y usted, en qué teatro actúa?

CALD. En Cervantes: pertenezco a la compañía de dramas policíacos del señor Rambal.

MARY ¡Ah! Sí. ¡Ya lo creo! Usted trabaja en ese drama estrenado hace quince días y que se titula... ¿Cómo es? Que tiene un título muy gracioso...

CALD. *Horror, tumba y sacrilegio.*

MARY Justo. Usted es el que le saca los ojos a su padre con una lima para robarle dos corbatas y un pañuelo de seda, ¿no?

CALD. Sí, señora.

MARY Que luego con la misma lima mata usted a su tío el sacerdote creyéndole Holmes y a un primo de la criada.

CALD. En efecto.

MARY La obra es bastante flojita.

CALD. Le falta algo de lima, sí, señora.

MARY Vamos; veo que está usted ya completamente tranquilo.

CALD. Sí, señora; muchas gracias. (Suena una campanada.) ¿Eh? ¿Las diez y media? ¡Dios mío! (Se levanta.) Agradezco a usted mucho sus solicitudes y le ruego me reconozca como un servidor.

MARY ¿Va usted ahora al teatro?

CALD. No, señora. Vengo de él; esta noche no trabajo. Tengo prisa y me voy, porque... (Suena arriba un golpe tremendo. Calderón se estremece.) ¡porque me voy!

(La lámpara que pende del techo se bambolea.)

MARY ¿Pero?..

CALD. ¿Ha oído usted ese golpe de catapulta? Es mi mujer.

MARY ¿Se habrá caído?

CALD. El que se ha caído soy yo. Son diez minutos más tarde de la hora en que he debido estar en casa y me espera la catástrofe. Tengo una mujer que es una fiera enjaulada: celosa hasta el extremo de que la dan apoplejías.

MARY ¿Y ese ruido?...

CALD. Ese ruido es que ha cogido la mesilla de noche y la ha estrellado contra la pared. En sus ataques de celos desamuebla. Sabe que eso me afecta al bolsillo y abusa de mí.

MARY Le compadezco a usted; mi marido también es celoso.

CALD. (Dándose con las narices en los muebles.) ¿Por dónde se sale?

MARY (Riendo.) ¡Jesús, qué miedo!

CALD. Es que olfateo el drama, señora, y masco la tragedia. Su esposo de usted que llega; yo que me estalactito.—¡Canalla!—¡Caballero! —¡¡Cobarde!!— ¡¡Caballero!! — ¡¡¡Villano!!!— ¡Caballero! — ¡ Largo!! — ¡Caballero!... Una mano crispada que me ase de las solapas, un puño que se levanta sobre mi cráneo y me... descránea, y luego un guiñapo humano suspendido por fuera del balcón, el pataleo en el vacío, la ley de la gravedad y los adoquines que están muy duros. ¡Que están muy duros los adoquines! ¿Por dónde se sale?

MARY ¡Pero si no está mi marido en Madrid!

CALD. (Respirando.) ¡Ah! ¡Me ha hecho usted pasar un ratito... De todos modos hay que tener prudencia. Si alguien me ve salir a estas horas de su casa de usted y le va con el cuento...

MARY (Seria.) Caballero, estoy muy por encima de la opinion ajena y me importa muy poco las consideraciones sociales españolas. Soy de Washington.

CALD. (Serio también) Pero yo soy de Antequera. Usted lo pase bien.

(Suenan arriba dos formidables golpes claros y distintos que producen en Calderón dos estremecimientos. La lámpara que pende del techo de la habitación se tambalea nuevamente.)

MARY (Alborozadamente.) ¡Ay! ¡Su costilla!

CALD. (Acongojadamente.) Pluralice. ¡Mis costillas!

MARY Vea usted cómo se mueve la lámpara.

CALD. Es un terremoto. ¿Su marido de usted es también por el estilo?

MARY (En trágico y recreándose en el pavor que inspiran a Calderón sus palabras.) No; es cauteloso, sórdido, policíaco; acecha emboscado como el sanguinario chacal para saltar luego como él y caer de súbito sobre su presa y triturarle con sus garras crispadas...

CALD. ¡No detalle, que me da frío!...
(Ríe Mary.)

MIG. (Sacando la cabeza.) (¿Dónde me he metido yo?)

MARY Por lo que se ve, su esposa de usted más que chacal es una leona.

CALD. Es una burra, señora; porque eso de estropear el mobiliario es una barbaridad que no tiene nombre.

MARY ¡Ah! ¡Qué feliz debe usted ser, caballero! Vivir la vida de un matrimonio agitado, pintoresco... Hoy celos, mañana lágrimas, el otro alegrías... Yo, en cambio, soy muy desgraciada. Mi matrimonio es plácido, tranquilo, vulgar, insoportable. Mi marido no grita, no rompe nada, y yo quiero, ¡¡yo quiero que me grite!!

CALD. ¿Y usted andaba sola por Washington?

MARY (Como alocada.) ¡Sí; quiero que me grite, quiero que estalle! ¡Y estallará! Caballero, ¿le gusto a usted?

CALD. ¡Caray!

MARY ¡Respóndame!

CALD. ¡Señora!..

MARY Porque ya que somos vecinos, podría usted hacerme el amor...

CALD. ¡Mi madre!

MARY ¿Eh? (Con zalamería.) ¿Por qué no me escribe usted cartitas?

CALD. ¡¡Señora!!

MARY Una siquiera; aquí; ahora mismo. Para que cuando él venga dentro de un rato me sorprenda leyéndola.

CALD. (Saltando.) ¿Pero está en Madrid?... Señora, vea usted a Esquerdo mañana mismo, y a los piés de usted.

MARY (Ante la puerta de salida.) ¿Tan indigna soy de un caballeroso sacrificio?

CALD. Déjeme usted salir, señora.

MARY ¡Oh, qué desprecio! ¿Qué se hizo de aquellos galantes conquistadores castellanos? Yo creí que no tendría usted inconveniente en hacer el tenorio.

CALD. Eso es en noviembre, señora.

MARY ¡Si levantara la cabeza don Suero de Quiñones!

CALD. ¡Si la asomara su marido de usted!... Buenas noches.

(Se oye claramente el ruido de una cerradura que se abre. Tose dentro Jorge.)

MARY ¡¡El!!... ¡¡Mi marido!!

CALD. (En una pieza.) ¡Ay!

MARY ¡Ocúltese donde pueda!... Yo le entretendré para darle tiempo. (Haciendo mutis por la izquierda.) Esta noche le exaspero, le hago saltar. (Palmoteando.) ¡Uy, qué bien, qué bien, qué bíen! (Mutis.)

CALD. (Tembloroso.) ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo? Esta mujer es una criminal. ¿Dónde me meto? No; en el balcón no. Mi mujer estará asomada... Acaso esa puerta... (Se dirige hacia la puerta de la derecha.)

MIG. (Asomando la cabeza.) Caballero, por ahí no hay salida.

CALD. (Medio cayéndose del susto y ahogando un grito.) ¡¡Ah!! (Intenta hablar y no puede.)

MIG. (Enseñándole un revólver.) ¡Si da usted un grito y me compromete, lo aso!

UNA VOZ (En la calle.) ¡¡Serenóoo!!

MIG. ¡Va!

CALD. ¿Quién es usted? ¿Qué hace usted aquí?

MIG. Entre usted, que no quiero conversaciones al aire libre.

CALD. Pero...

MIG. ¡Vamos! Que el marido viene. Pase usted.

CALD. Con su permiso. (Se mete debajo de la cama.)

SIM. (Entrando en escena por la derecha.) ¿Se habrá podido marchar? (Acercándose a la cama.) ¡Chist!

CALD. (Asomando la cabeza.) ¿Qué?

SIM. (Horrorizada.) ¡¡¡Ah!!!

(Por la izquierda entra en escena JORGE. Es joveu y elegante. Viste de frac. Este Jorge procede y habla con calma hasta que se indique. Entonces estallará hecho un energúmeno.)

JORGE (A Simona.) Sírveme un poco de agua.

SIM. (Nerviosísima.) Sí, sí, sí, sí, sí... (Se dirige a una de las mesas de noche donde hay servicio de agua, toma una botella y para llenar el vaso repiquetea, salpica, echa el agua fuera, rebosa el vaso y viendo que no tiene pulso para ofrecerle a Jorge, pone el vaso sobre la mesa y dice como puede.) Aaa..aaahí queda... eso.

(Jorge, preocupadísimo, no le hace caso.)

JORGE (Mi hermana tiene razón. Para curarla es preciso que yo le dé un susto, y voy a dár--

selo. No me gustan los escándalos; pero no hay más remedio.)

(Por la izquierda entra MARY.)

MARY (A Simona.) ¿Qué hace usted aquí?

SIM. (Como antes.) El bañ...ño; digo ya...

MARY ¡Márchese!

SIM. Sí, sí, sí, sí. . (Haciendo mutis por la izquierda.) ¿Pero quién será?... ¡Ay Dios mío!... (Vase.)

JORGE (Trasteando por la habitación y disponiéndolo todo a su gusto y costumbre para acostarse.) ¿Cómo no estabas acostada?

MARY Ya ves.

(Excusamos decir que Mary está un poco sobresaltada y preguntandose: ¿Dónde se habrá metido ese hombre? La mirada inquieta, el gesto nervioso, etc., etc.)

JORGE ¿Por qué estabas en el pasillo?

MARY Que fuí a...

JORGE ¿Estabas sola?

MARY (Severa.) ¡¡Jorge!!

JORGE Perdona; no sé lo que digo. Distraído...

MARY ¡Ah!

JORGE Has conseguido irritarme esta noche de una forma...

MARY (Vehementemente y con cierta alegría.) ¿Tú?... ¿Sí? ¡Ya!. .

JORGE Gracias a que estoy bien educado y sé el respeto que me debo a mí mismo.

MARY (Con desprecio.) ¡Ya!... (Se sienta y le vuelve la espalda.)

JORGE Me ha tenido el estúpido del sereno más de veinte minutos en plena calle. Afortunadamente llegó el vecino del primero, que traía llave, y he podido entrar, que si no...

UNA VOZ (En la calle.) ¡¡Serenóoo!!

JORGE (Observando el suelo.) ¿Te acompañó hasta aquí mi hermana?

MARY Sí.

JORGE ¿Y por qué no has venido en coche?

MARY ¿Eh?

JORGE Porque tú no has venido en coche. Aquí hay barro.

MARY Pues remángate los pantalones.

JORGE ¡Mary!...

MARY ¡Qué tontería!... Deducir porque hay barro...

JORGE ¡Claro! El coche llega hasta el borde de la acera, la acera no está mojada. En la escalera no me parece que... ¿eh? ¿Cómo es que aquí hay barro?

MARY Acaso la doncella...

JORGE ¿Y para qué sale la doncella a estas horas?

MARY Si no ha salido.

JORGE Entonces..

MARY Mira; calla.

JORGE Mejor será. (Se pone a silbar.)

MARY (Saltando en seco.) Y sobre todo, si no crees en mí, lo que debes hacer es armar el escándalo; pero pronto, a ver si te se subleva la sangre de una vez. El pretender asesinarme no creo que te cueste tanto trabajo. ¡Anda!

JORGE (Muy cariñoso.) ¿A ti? ¿Por qué?. ¿Qué culpa tienes tú de haber nacido tan sugestiva? Yo sé que eres buena y que me quieres y que todo eso que dices de «¡qué guapo es fulano!» y «¡qué simpático es menganito!» lo dices sin ánimo de molestarme. Son reminiscencias de tus ya olvidadas costumbres americanas. Dices eso como podrías decir «¡qué perro tan lindo!» o «¡qué animal tan hermoso!»

MARY ¡Qué animal!...

JORGE ¿Eh?

MARY Eso; sí, que tienes razón.

JORGE Ahora bien; como aquí somos de manera muy distinta, y cuando un caballero se recrea en una señora casada no es que la admira como un bello ejemplar de la naturaleza...

MARY ¡Ah! ¿No?

JORGE No.

MARY No dice «¡qué animal tan hermoso!...»

JORGE Dice «¡qué animal es el marido!», que no es lo mismo.

MARY ¡Ah!

JORGE Como aquí las miradas y las sonrisas y los guiñitos tienen otra significación, pues... (Saca un revólver.) Mira.

MARY ¿Eh?

JORGE (Con mucha calma.) Tiene seis balas.

MARY ¿Y qué?

JORGE Que prefiero el presidio a una vida de incertidumbre Yo no hago el ridículo, querida Mary. Me han dicho que hay quien te sigue los pasos; quien, animado por tus sonrisas y tus guiños, abriga la idea insensata de venir a verte durante mi ausencia... (Son-

riente y sin perder la calma.) Yo te juro que ese hombre, sea quien fuese, noble o plebeyo, viejo o joven, morirá a mis manos.

MARY ¿A que no?

CALD. (Asomando la jeta.) (¡Y le achucha!... ¡Será bestia!)

JORGE (Conteniéndose.) Ganas me dan de armarle el escándalo esta noche, pero... ¡No! ¡A estas horas!...

MARY Pero vamos a ver, Jorgito: todo lo que me has dicho, ¿por qué no me lo has dicho gritando, dando voces, pegando saltos, tirando muebles y revolviéndote los pelos?

MIG. (¡Mi madre, qué tía!)

JORGE ¡Desgraciada de ti el día que yo me mese el caballo! Una sola vez lo he hecho en mi vida y... ¡Tiemblo sólo de recordarlo! ¡No me excites, Mary, te lo suplico.

MARY Pero...

JORGE Escúchame; al entrar en mi casa hace un instante, heme hecho una promesa terrible. Su cumplimiento sería tu muerte y la mía. No me contradigas esta noche: no me excites, vuelvo a suplicártelo. ¡Ea! No hablemos más: acuéstate.

MARY ¿Eh?

JORGE Que te acuestes.

MARY ¡Quiá!

JORGE Desnúdate.

MARY De ninguna manera.

JORGE ¿Eh?

MARY (Mimándole.) No me desnudo; no me desnudo.

JORGE (Conteniéndose.) ¡¡Mary!!

MARY No, no.

JORGE Pero, ¿por qué?

MARY Porque no quiero.

JORGE (Conteniéndose de nuevo.) ¡Mary, no me contradigas, no me excites. Mira que peligran tu vida y la mía.

MARY Aunque me mates, Jorgito, no me desnudo.

JORGE (Dándole un puntapié a una silla.) ¡¡Maldita sea!!

MARY ¡¡Ay!!... ¡Ya!....

JORGE (Furioso, echando lumbre.) ¡¡Mary!!...

MARY ¡¡Ya está!!

JORGE (Frenético.) ¡Pues ya está! Escandalizaré aunque nos echen de la casa y de la calle y de Madrid. (Se dirige a la puerta de la izquierda y la cierra.)

CALD. (Lívido, sacando la cabeza.) Señora, desnúdese usted. (Se oculta.)

JORGE (Plantándose.) ¡Ea! ¡Ya llegó la hora!

MARY (¡Uy, cómo le brillan los ojos!)

JORGE (A grito pelado.) ¡Eres mi mujer! ¿Lo sabes? Y yo no sé lo que pasará en Washington... ¡¡que maldita sea Washington!! (Se quita la americana y la tira en dirección a la cama.) Pero aquí, en España, la mujer obedece al marido y a mí me obedeces tú o te mato. (Tira el chaleco.) Desde ahora empieza para ti una nueva vida. ¿Quieres guerra? ¡¡Pues guerra!! (Se quita una bota y la tira en dirección a la cabeza de Calderón y Cervantes con una fuerza de titán.)

CALD. (¡Me ha dao!)
(Surge la bota de debajo de la cama y queda a los piés de la misma, muy bien alineadita.)

JORGE ¡Aquí en mi casa mando yo y no hay más voluntad que la mía y se terminaron las contemplaciones! ¡Así! (Tira la otra bota con igual fuerza y suena bajo la cama el ruido de un cristal que se hace añicos.)

MARY ¡¡Ay!!

MIG. (¡M'ha dejao sin farol!)
(Aparece la segunda bota al lado de la primera.)

JORGE Ha muerto el caballero, y en bellaco te juro que el mejor día te cojo y te ahogo! Y al primer hombre que sorprenda en esta casa, aunque sea cobrando una cuenta, te juro por quien soy que (Como si disparara.) pim, pim, pim y pim. (Frenético y buscando sus zapatillas.) ¡Mis zapatillas! ¡Mis zapatillas! ¿Dónde están mis zapatillas? (Sacadas por Miguel y Calderón, aparecen las zapatillas.) ¡Ah! (Se las pone.) Y ahora... vas a ver si te desnudas o no. (Hace sonar el timbre.)

MARY ¿Quééé... vaaas... a hacer?... (¡Ay qué gusto! ¿Pues no estoy temblando?)

SIM. (Por la izquierda, más muerta que viva.) ¿Llaaa... maban los... señoritos?...

JORGE (A gritos.) ¡Desnude usted a la señorita!

SIM. Pe... pe... No, no...

JORGE ¡¡Desnude usted a la señorita o voy por una estaca!!...

SIM. ¡Seee... ñorito!...

JORGE ¡Voy por una estaca!... (Haciendo mutis por la izquierda.) (Gracias a Dios que la he asustado.) (Vase.)

MARY ¡¡Aaaay, Simooona, qué feliz soy!!

SIM. (Abrazándose a Mary.) ¡Aaaay, señorita!

MARY ¡Miii sueño realizado!...

SIM. ¡Pero si está usted más muerta que viva!...

MARY Es que la emoción no me deja hablar. Tiene un revólver para mí y ha ido por una estaca para ti!

SIM. ¡Seeeñorita!... (Suenan arriba dos golpes secos. La lámpara se mueve.) ¡Ah!

VOZ (En la calle.) ¡¡Serenóoo!!...

MARY (Temblando.) ¡¡Ay, qué bien!!... ¡¡Estoy asustada de... verdad!! Pero Dios mío; ese pobre hombre... (Llamando con voz queda.) ¡Calderón!.., ¡Señor Calderón!...

MIG. (Asomando la cabeza, sin gorro y muy despeinado.) ¡Calderón ha perdido el conocimiento, paro aquí está Cervantes para lo que usted guste mandar!...

MARY (Al verlo.) ¡¡Ah!!...
(Cae desmayada en brazos de Simona.)

SIM. ¡Ay!

JORGE (Entrando con un garrote.) ¿Eh?

SIM. ¡La... señorita que se ha desmayado!...

JORGE (Será fingido. Me teme. ¡Esto marcha!)

SIM. ¡Un poco de agua, señorito!

JORGE ¡¡Qué agua!! ¡¡Dinamita!! ¡Echela usted en la «chaise-longue» y que se muera!...
(Simona obedece.)

MIG. (¡Qué fiera!)

JORGE (A Simona.) ¡Márchese!

SIM. ¡Señorito, que está desmayada de verdad!

JORGE (Como un energúmeno.) ¡¡Márchese digo!! (Se mesa el cabello.)

MIG. (¡Uy, que se mesa er pelo!...)

SIM. (Aterrada.) ¡Bue... e... nas noches!... (Haciendo mutis por la izquierda.) (¡Y hay dos!...) (A un gesto de Jorge da un grito y se va.)

JORGE (He ganado la batalla.) Cierra la puerta de la izquierda con llave y se guarda la llave en el bolsillo del pantalón.)

VOZ (En la calle.) ¡¡Serenooo!!!...

MIG. (¡Y se guarda la llave!...)

JORGE (Por Mary.) (Sí, sí; hazte la desmayada, que lo que es yo...) (Se tumba de golpe y porrazo en la cama. Valiéndose de una perilla que habrá a la cabecera de la cama, apaga la luz del centro. No queda más luz que la de la mesita cercana a la «chaise-longue».) ¡¡Maldita sea mi vida!! ¡A quien dé-

una voz, a quien haga un ruido, a quien interrumpa mi sueño, le pego un tiro! ¡Lo juro! ¡¡Maldita sea mi existencia!!

MIG. (¡Y tu sangre también, ladrón!)

(Suena arriba un ruido espantoso. Veinte voces llaman en la calle al sereno. La lámpara se bambolea.)

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior

—

(Al levantarse el telón JORGE duerme profundamente y MARY yace sobre la «chaise longue» en la misma postura en que quedó al final del acto primero; es decir, con la cabeza y los brazos colgando por fuera del rollo del cabezal. Un reloj da dos campanadas.)

MIG. (Asomando la cabeza con todo género de precauciones.) Las dos han dao y...

VOZ (En la calle.) ¡Sereno!...

(Miguel mete la cabeza rápidamente.)

CALD. (Sacando la cabeza al mismo tiempo que la mete Miguel.) Yo lo que digo es que...

VOZ (En la calle.) ¡Juana!... ¡Juana!...

(Calderón mete la cabeza rápidamente. Jorge da media vuelta.)

VOZ (En la calle.) ¡María! Echame la llave!

MIG. (Asomando la cabeza poco a poco.) Señores, qué nochecita.

CALD. (Lo mismo,) Ya, ya.

VOZ (En la calle, gritando secamente, desesperadamente,) ¡¡Juana.! (Jorge vuelve a moverse y Calderón y Miguel repiten el juago de antes.)

MIG. (Asomando la cabeza de nuevo.) Bueno: lo que compadezco yo a los pobres galápagos. Por que hay que ver lo molesto que resurta este saca y mete.

CALD. (Asomando la cabeza también.) Compañero: ¿cómo se evitan los estornudos? Porque siento que me viene uno.

MIG. ¡Mi madre! ¡Aguante usté er resuello!

CALD. (Muy apurado.) ¡Que me rompe! ¡Que me rompe! (Levanta la cabeza para estornudar, se da en el occipucio con uno de los largueros de la cama y estornuda guturalmente roucamente, como si gargajeara, y perdonen la frase) ¡Grrrr!

VOZ (En la calle) ¡Jesús!

CALD. (Como antes.) ¡Grrr!...

VOZ (En la calle.) ¡Jesús!

CALD. Muchas gracias. (A Miguel) Amigo: para salir de aquí es preciso efectuar lo que tenemos planeado. Tenga usted la bondad de deslizarse por la alfombra y ver si esa mujer vuelve en sí.

MIG. Oiga: que lleva privá dos horas y a mí me da miedo. A lo mejó l'ha diñao con el susto...

CALD. No diga usted macabridades. Debe continuar accidentada. Si tuviéramos a mano un frasco de éter...

MIG. En fin: sea lo que Dios quiera. (Se dirige a gatas a la «chaise longue», se pone debajo de la colgante cabeza de Mary y la sopla fuertemente.)

MARY (Entre sueños.) ¿Has dejado el balcón abierto, Jorgito? (Se despierta y aprovecha la postura para entablar conversación con Miguel.) ¡Caballero!

MIG. A los piés de usté, señora. ¿Estaba usté desmayada todavía?

MARY No, señor. Es que me había dormido. ¡Ah!

MIG. ¡Pero señora!

MARY ¿Se ha despertado mi esposo?

MIG. No.

MARY Pues entonces no debe ser tarde, porque mi marido se despierta siempre con la fresca.

MIG. Mejor, azí no se despertàrá nunca, porque como no está usté con él...

MARY (Enfadada.) ¡Oiga usted! Pero, ante todo, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

CALD. Señora: baje la voz; yo tendré el honor de presentarle a ese caballero.

MARY (A Calderón.) ¡Hola, hombre! ¡Bueno; eso es otra cosa! (Dándole la mano a Miguel.) ¿Cómo está usted?

MIG. Molestísimo. (Reteniéndole la mano.) ¡Mi respetable madre política, qué guapa es usté!

MARY (Encantada.) ¿Ay, sí? ¡Aprenda, aprenda, señor Calderón. (A Miguel.) Oiga usted una cosa. ¿Usted sería capaz de hacerme el amor por todo lo alto?

MIG. (Muy bajito.) ¿Le da a usté igual que le haga el amor por lo bajo?

CALD. ¡Señora! Deje usted venir a ese hombre, que se va a despertar su esposo. Desde aquí nos comunicaremos.

MARY Lo que ustedes quieran. Están ustedes en su casa.

CALD. ¡Ojalá!

(Se reúne Miguel con Calderón.)

MARY Oiga usted, señor Calderón...

CALD. (Terminando de escribir en un papel) Cállese y hágase la dormida, que nos compromete.

MARY Es que no me ha presentado usted a este caballero que gatea tan bien.

CALD. Luego, luego.

MARY ¿Hay alguno más debajo de la cama?

CALD. No, señora.

MARY ¿Lo ha mirado usted bien?

CALD. Sí, señora.

MARY ¡Qué lástima!

CALD. ¡Pero, señora... (Mete la hoja de papel en una de las zapatillas de Jorge y tira la zapatilla a Mary.) Ahí va, y perdone el vehículo.

MARY (Recogiendo la zapatilla.) Caballeros: esta nochecita no la cambio yo por todo el oro del Potosí. ¡Ah! ¡Ay qué bien, qué bien, qué bien! (Leyendo.) «El norteamericanismo de usted nos trae sin sueño. Si usted nos ayuda y nos salvamos, cuando nos veamos en la calle le prometemos gritar: ¡Viva Wilson!» (Dejando de leer.) ¡Hip, hip, hip... hurra! (Jorge se revuelve, Calderón y Miguel aterrados por los gritos de Mary, se ocultan, arriba suena un golpe seco, la lámpara se mueve, Mary se sobrecoge un poco, pero acaba por contener la risa y seguir leyendo.) «Se me ha ocurrido para salir de aquí, una combinación que la firmarían con orgullo Angulo y Conan-Doyle. Exige por parte de usted una gran presencia de ánimo. Se trata de una escena dramática. Dado su carácter de usted le va a gustar muchísimo.» (Dejando de leer.) ¡Ay, sí, ya, ¡qué bien! (Leyendo.) Usted vea, oiga y chille.. moderadamente. Diga usted como pueda a la doncella que no meta la pata, que no se asuste, que no escandalice y que cuando entre se limite a decir: «¡Oh! ¡Ah! ¡Sí! Este hombre ha rondado siempre esta casa. Prudencia, arte y

discreción » (Dejando de leer.) Perfectamente. (Tirándole la zapatilla a Calderón.) Ahí va el vehículo. (Llama a un timbre sin moverse de la «chaise longue» y bota en ella saltando de gozo.) ¡Ay, qué bien! Esto es vivir. ¡Ay, gracias a Dios! (Poniendo la cabeza al lado de la puerta.) ¡Simona!

SIM. (Dentro.) ¡¡Señorita!!

MARY Van a hacer un drama.

SIM. (Gritando mucho.) ¡Ay!

(Jorge se revuelve, Mary se sobrecoge, aunque riéndose, y Calderón y Miguel desaparecen debajo de la cama.)

CALD. (Asomando la cabeza por debajo de la cama.) ¡Esa bestia!..

MIG. (Lo mismo.) ¿Quién?

CALD. Esa bestia de criada.

MIG. Le advierto a usté que es mi novia.

CALD. Perdone.

MIG. Y es más bestia de lo que usté se cree.

MARY (Otra vez junto a la puerta.) ¡Simona!

SIM. (Dentro.) Señorita.

MARY No vuelva usted a chillar. Es usted una burra.

SIM. La burra lo es usted.

MARY ¿Eh?

SIM. Y haga usted el favor de darme la cuenta, que me voy ahora mismo. No quiero más líos.

MARY Le voy a dar a usted la cuenta y un soplamocos.

SIM. ¡Soplaban!

MARY ¡Insolente!

SIM. ¡Miau!

MARY (¡Ay, si yo tuviera la llave!) (Muy amable.) Simona...

SIM. ¡Qué!

MARY Simona... Simonita...

SIM. ¡Qué! ¡Qué! ¡Qué!

MARY Si me hace usted un favor, la regalo un traje. ¿Se entera?

SIM. (Amabilísima.) Sí, señora, señorita, mande usté.

MARY Aunque oiga usted gritar, no se asuste ni escandalice, y cuando entre usted aquí, sea cuando sea; diga: ¡Oh! ¡Ah! ¡Sí! ¡Este hombre ha rondado siempre esta casa! ¿Se entera? ¡Oh! ¡Ah!, sí; este hombre ha rondado siempre esta casa. (A Calderón.) Conforme.

CALD. ¿Eh?

MARY (Después de cerciorarse de que Jorge duerme profundamente, se acerca gateando a Calderón y a Miguel y se sienta en el suelo junto a ellos.) Necesito saber más detalles.

MIG. (Aterrado.) ¡Por Dios, señora!

MARY No hay cuidado. Está dormidísimo. Y si se despierta, pues de primera. ¿Qué van ustedes a hacer?

CALD. Un drama policíaco.

MARY Pero muy intenso, ¿eh?, muy intenso, que ponga los pelos de punta. Que nos asustemos mucho. ¡Emoción! (Saltando de puro contenta.) ¡Ay, ay, ay!

CALD. Bien; sí, señora.

MARY Como aquel del soldado que viene de Barcelona. ¿Se acuerda usted? En su teatro lo he visto.

CALD. En efecto; y yo hago el protagonista. Pero, vamos a lo que nos interesa.

MARY Ay, señor Calderón: dígame usted aquí, pianísimo, el parlamento que dice usted en el teatro con voz trémula, cuando llega licenciado del ejército a su casa y se encuentra a su novia dándole el pecho a un niño.

MIG. ¡Arrea, qué drama!

MARY No: luego resulta que el niño es de una vecina y el soldado se tranquiliza.

MIG. ¡Ah!

CALD. Señora, ¿pero usted se cree que estoy yo ahora para declamar parrafitos?

MARY ¡Dígalo usted! ¿No vamos a hacer un drama? Pues para ponernos en tensión, nada como recordar aquél monólogo. ¡Ay! La triste habitación, el quinqué apagándose, su novia con los ojos desencajados y usted que aparece medio loco, blandiendo una navaja! ¡O lo dice usted, o despierto a mi marido!

CALD. ¡Quieta! Lo diré. (Declamando muy enfático.) Marcelina, Marcelina: ¡perjura! ¡Vas a morir! ¡De Cataluña vengo de servir al rey...!

MARY (Contentísima.) ¡Ay, ay, ay!

(Jorge se revuelve. Todos se sobrecojen, Calderón y Miguel se meten debajo de la cama y Mary vuelve precipitadamente y a gatas a la «chaisse longue». Al poco, vuelven a salir de espaldas Miguel y Calderón y Mary del mismo modo se reúne con ellos nuevamente. Los tres quedan sentados al pie de la cama.)

CALD. ¡Señora, con usted no se puede hablar!

MIG. Y lo que yo quiero es salir de aquí, ya mismito.

MARY (Como si se lo dijera a una visita de confianza.) Pero por Dios, ¿se van ustedes a ir tan pronto?

MIG. Volando, si pudiera ser. ¿Usté nos ayuda: sí o no?

MARY Sí; con una condición

CALD. Venga.

MARY Que si logran ustedes escapar, cuando tengan el pie en el umbral de la puerta, digan que habían venido a secuestrarme apasionados por mí. A ver qué hace mi marido. Emoción, yo quiero emoción.

CALD. Se hará como usted desea.

MARY Pues a ver el drama que se le ha ocurrido a usted hacer.

CALD. Es necesaria mucha tranquilidad. Este, que es sereno, hará de salteador y yo de detective. Ya estamos de acuerdo en todos los detalles.

MIG. Falta uno. Como aquí la señora no le quite las cláusulas o como se diga, al revólver de su esposo, yo no juego.

CALD. Pero...

MIG. Que no, hombre; el papel que yo hago es muy expuesto y a mí tiritos, no.

MARY ¿Y dice usted que es sereno?

MIG. Suplente nada más, señora.

MARY Bueno; le quitaré las cápsulas.

MIG. Pero que yo lo vea, ¿eh?, que yo lo vea.

CALD. ¡Ah! Vamos a simular que entramos por el balcón.

MARY ¿Por el balcón?

CALD. Sí. Ya verá usted qué ingeniosa es la trama que se nos ha ocurrido. Vamos.

MIG. Yo, mientras no le quiten las clápsulas...

MARY En tanto que ustedes abren el balcon yo...

CALD. Perfectamente. Vamos.

MIG. Vamos.

(Mary se acerca a la mesa de noche, coge sigilosamente el revólver de Jorge, se arrodilla y comienza a quitarle las capsulas. Calderón y Miguel se arrastran hacia el balcón.)

JORGE (Soñando.) ¡Ah, no, no!

(Quedan los tres de una pieza y se ocultan donde pueden.)

CALD. (Está soñando.)

JORGE (Como antes.) Te veo.

MIG. ¡Mi madre!

(Nuevo terror en los tres. Pausa. Calderón abre el balcón con gran sigilo y en el momento en que le abre, grita uno en la calle con voz de trueno.)

VOZ ¡Piedad! (Calderón cierra el balcón.) ¡Tírame el llavín!

(Suena arriba un golpe seco. Jorge se revuelve en el lecho.)

CALD. (¡El perchero!)

JORGE (Soñando.) ¡Blanca! ¡Blanca!

MARY (Acudiendo como una hiena.) ¿Eh?

CALD. ¡Que está soñando, señora!

MARY ¡Miserable!

CALD. (Sujetándola, más que con la acción, con el gesto.) ¿Pero no quedamos en que a usted le gustaban eso de las veleidades matrimoniales?

MARY Sí, pero no; eso era antes. ¡Ha dicho Blanca!

MIG. Peor hubiera sido que hubiera dicho negra.

JORGE (Soñando.) ¡Blanca!

MARY ¡Blanca otra vez!

CALD. Soñará que juega al dominó.

MARY (Amenazadera.) ¡Si me engañara...!

JORGE (Soñando y como el que piropea.) ¡Canela!

MARY ¿Eh?

MIG. ¡Mi madre!

MARY ¿Hay algo de canela en el dominó? ¡Responda!

CALD. Sí, señora .. ¡la caja!

MARY ¡Ah! Tome usted las cinco balas del revólver...

MIG. Vengan.

CALD. Vamos. Tiéndase en la «chaise-longue.» No hay tiempo que perder.

(Mary pone sobre la mesilla el revólver, ya descargado, y se tiende en la «chaise-longue.»)

MIG. (A Calderón.) Oiga usted: que no me vaya usted a lastimar.

CALD. Pierda cuidado. Tengo mucha costumbre. Ah, no olvide que debe mirarme siempre de reojo, torvamente; que me debe hablar con voz áspera y dura, y que debe insultarme de vez en cuando.

MIG. Sí, señor.

CALD. Apague esa luz, señora. (Mary apaga la luz de la mesa. No queda otra luz en escena que la que penetra por el balcón.) ¡Vamos!

MIG. ¿Ya?

CALD. Sí; prevenidos todos. (Se santigua.) ¡Venga!

MIG. (Gritando) ¡¡Ah!! (Pega un salto y se deja caer en el suelo, casi en el centro de la habitación.)

CALD. (Revólver en mano cayendo sobre él y poniéndole una rodilla encima.) ¡Por fin!... ¡¡Miserable!! ¡Luz! ¡Luz!

MARY (Tras un grito agudísimo) ¡¡Jorge!!

JORGE (Incorporándose de un salto.) ¿Qué? ¡¡Quién!!

CALD. ¡Luz!

(Mary enciende la luz.)

JORGE (Tirándose de la cama y corriendo al balcón.) ¡Ah! (Gritando, asustadísimo) ¡Sereno! ¡Sereno!

MIG. (Me ha conocido.)

JORGE (Como antes.) ¡Favor!... ¡Aquí!...

CALD. (A Jorge, sin dejar de sujetar a Miguel.) ¡Silencio, caballero! No hay que escandalizar. Estoy aquí yo.

JORGE (Tambaleandose, sin saber si está todavía dormido o despierto.) ¿Eh?

CALD. Acaso este miserable tiene cómplices y puede usted espantarlos con sus gritos.

JORGE (Tembloroso, cogiendo su revólver,) Pero...

CALD. ¡Pronto! ¡Unas esposas, una cuerda, algo que ate!

JORGE (Nerviosísimo.) ¡No, no, no, no sé!

MARY (Gallardísima.) ¿Tiemblas, Jorge? ¡Aprende de mí!

JORGE (Que no sabe todavía dónde está) Es que yo.. ¡Caramba!... Como estaba dormido, pues... (Sentándose casi sin fuerzas.) ¡Qué mal cuerpo se me ha puesto!

MARY (Dándole a Calderón la corbata blanca que se quitó Jorge en el primer acto.) Tome: átele.

CALD. Esto es muy fino.

MARY Sí: es de frac.

JORGE Aguarde; yo tengo aquí cinturones... (Se coloca el revólver entre los dientes, se acerca a un mueble, lo abre, trastea, tira al suelo cuanto hay en él y saca por fin cuatro cinturones correas de distintos colores y tamaños.)

MIG. (Aparte a Calderón.) Que me estoy clavando las llaves en el vacío.

CALD. (Entre dientes.) Silencio.

JORGE Tome. (Le da los cinturones a Calderón.)

CALD. Le ataré a una silla. (A Miguel amenazándole con su revólver.) ¡Levanta, miserable!

MIG. (Levantandose y mirando a Calderón torvamente.) ¡Maldita sea la pringue!

CALD. (Aparte a Mtguel.) ¡Más trágico! (Alto.) ¡Manos arriba!
(Miguel pone los brazos en cruz.)

JORGE (Amenazándole con su revólver.) ¡Más arriba!

MIG. (A lo Magritas.) (Pone los brazos como si fuera a clavar banderillas.)

CALD. (Poniéndole detrás una silla.) ¡Siéntate!

MIG. (Sentándose.) Muchas gracias.

CALD. (A Jorge, dándole una correa.) Atadle.

JORGE (Miedoso.) ¿Yo?

MARY ¿Tienes miedo? ¡Trae! (Le quita la correa y ata los piés de Miguel a la silla.)

MIG. (Mientras Mary, de rodillas ante él, le ata.) Esta señora, tiene un descote y exhala unos perfúmenes... Voy a hacer un detalle. (Como si la mordiera.) ¡Am! (Mary se asusta un poco. Jorge amenaza a Miguel.)

CALD. (A Mary.) Atele ahora los brazos. (Miguel baja los brazos y Mary se los ata a la silla.)

MIG. (¡Caray, que tengo que insultar a este gachó!)

JORGE ¿Eh? Esas ligaduras están muy flojas, Mary. Hay que apretar más. (Lo hace.) ¡Así! Hasta que le salte la sangre.

MIG. (A Jorge.) Ahora que estoy amarrado es cuando se atreve usté conmigo. (Mordiendo al aire.) ¡Aaam!

JORGE (Retrocede espantado.) Ah.. a... aprieta, Mary.

CALD. ¡Basta! (Bueno, voy a hacer una escena que si me viera mi empresario, me subía diez pesetas de un golpe.) (Durante todo lo que sigue saca su pipa, la enciende y fuma a lo detective. A Miguel, olímpicamente.) ¿Creíste que no te observaba, Sanjurjo?

MIG. (Chavó qué nombrecito.)

CALD. Porque te conozco: tú eres Emeterio Sanjurjo.

MIG. (Bueno; a mí este tío me hase grasia. ¿Qué le diría yo que fuera un insurto fino? (Con voz estomacal.) ¡Dardanelo!

CALD. Calla, carne de horca.

MIG. (Mira qué piropo.)

CALD. Eres Emeterio Sanjurjo, conocido tambien por los nombres de «Blas el Pardo», «Rolán el Peque» y «Evaristo el de las medias noches.»

MIG. Nada, que me hase grasia a mí este gachó.

CALD. Tú fuiste el asesino de doña Aldonza de Quiroga.

JORGE (Levantando el puño amenazador.) ¡Ah, canalla!

MIG. Oiga usté, amigo.. Que le voy a dar otro susto.

CALD. ¡Silencio! Tú, en unión de Paca «la Malagueña y de Pedro García, por otro nombre «El Bele-bele», robaste en Sevilla la platería de don Marcos Piata.. ¡Sí! Han cantado los dos.

MIG. (Sordamente.) ¡No!

CALD. Ha cantado «La Malagueña» y ha cantado «¡El Bele-bele!» Yo no miento nunca.

MIG. (Mordiendo al aire.) ¡ ¡Aaaam!!!...

CALD. Conozco tu vida. Tú fuiste el que por robar tres botas de vino asesinaste a Elías el vinatero, y el que por robar otras dos botas diste muerte a un fraile descalzo. (Miguel gruñe.) Te buscaba desde hace tiempo, Sanjurjo; desde aquella noche que en el corto de Extremadura aprovechaste que una señora dormía y le amputaste una mano para robarle el reloj de pulsera.

JORGE ¡Qué horror!

CALD. Yo iba en el mismo departamento. Cuando al despuntar el día despertó la señora y echó de menos la mano y el reloj.. ¡Oh!

MIG. (Patibularíamente.) ¡Canalla!... ¡He de morderte el corazón! Con tu sangre he de pintar el zócalo de mi vivienda.. Y te juro que he de arrancarte los ojos y echárselos a un gato. (Mordiendo al aire.) ¡Aaaam!..

CALD. (Caray, este hombre está mejor que Rambal.)

JORGE (A Calderón.) Por lo visto se trata de una fiera.

CALD. Usted lo ha dicho, caballero: una fiera, una verdadera fiera.

(Miguel muerde al aire otra vez y como nadie lo espera se asustan todos.)

JORGE ¿Y usted pertenece a la policía?

CALD. Ese digno cuerpo se honraría muy mucho con que yo perteneciera a él.

JORGE Entonces...

CALD. Soy Cosme Canto, caballero.

MARY (Afectando una gran sorpresa.) ¡Usted!

JORGE Ah, ¿pero tú le conocías?

MARY ¿Quién no conoce, de fama por lo menos, al más ilustre detective español? ¡Cosme Canto!

JORGE Sí, es verdad; es que estoy no sé cómo...

¡Cuántas veces no me has hablado tú de Canto!..

MARY Casi todos los días.

JORGE Y dígame, señor Canto: ¿cómo ha podido usted cazar a este pajarraco?

MIG. (Torvamente.) Eso de pajarraco..

JORGE (Dándole una patada.) ¡alla, bandido.

MIG. (Mi madre, que atizan.)

CALD. ¡Dejadle!

MARY Por Dios, Jorge, no manches tus manos.

JORGE Por eso le doy con el pie. (Le atiza otra patada.)

MIG. (Caray, que m'ha dao.)

CALD. ¡Silencio! (Este hombre no sostiene el tipo.)

(Llaman con los nudillos a la puerta.)

JORGE ¿Eh?

SIM. (Dentro.) Señora.

MARY (A Jorge.) Abre: es Simona.

(Jorge abre la puerta izquierda.)

MIG. (A Calderón, mientras está de espaldas abriendo.) Oiga usté: que no vuelva a pegarme, porque se me acaba la correa...

MARY (A Calderón y a Miguel.) ¡Ah, no! ¡Exijo el drama, exijo el drama!

(Calderón indica que guarden silencio.)

SIM. (Entrando, al ver a Miguel.) (Pobrecito mío.) (Con mal fingida sorpresa.) ¡O-a-sis!

CALD. ¡Nos va a reventar esta partiquina!

SIM. (Por Calderón.) Este hombre la rondaba a usté, señorita.

JORGE ¿Eh? ¿Qué dice? ¡Diga!

MARY ¡Ay, ya!

CALD. Dirá usted que rondaba la casa.

SIM. ¿Y qué he dicho?

CALD. Una simpleza. ¿Qué desea?

SIM. Que están llamando a la puerta. ¿Abro?

JORGE ¿Quién será a estas horas?

MARY Algún vecino. Como has gritado desde el balcón..

CALD. Pues como sea mi mujer...

JORGE ¿No será el sereno?

SIM. ¿Cómo va a ser el sereno, señorito, si el sereno está...?

CALD. (Atajándola furiosamente.) ¡Señora!

SIM. (Asustada.) ¿Eh?

CALD. Digo, si no tiene usted idea de quién pueda ser.

SIM. Creo que son los hermanos de los señoritos.

JORGE Pues abra, criatura; ¿será idiota?

SIM. Voy. (Por Miguel.) (¡Cómo se ve por mi culpa!) (Vase.)

MIG. (La he puesto una cara de sufrimiento que mañana la saco tres duros.)

JORGE (A Calderón.) Se trata de una hermana mía que viene con su marido.

CALD. (Colándose.) Ah, sí; los del piso cuarto derecha, ¿no?

JORGE En efecto; ¿los conoce usted?

CALD. Pues... (Un poco azorado y sin saber qué contestar, fuma nerviosamente.)

MARY (Echándole un capote.) ¡A quién no conocerá un detective de tantos humos!

CALD. Gracias, señora.

(Por la izquierda entran en escena, nerviosamente, PETRA y LUIS. Vienen vestidos de cualquier manéra.)

PETRA ¿Pero qué sucede? (Al ver a Miguel.) ¡Ay, Dios mío!

LUIS (Idem.) ¿Qué es esto?

MIG. (Mordiendo al aire.) ¡Aaag! ..

(Petra y Luis se asustan.)

JORGE Nada, no es nada. Este bandido que no sé con qué siniestro propósito penetró en nuestro aposento, pero don Cosme Canto, el gran detective español que le seguía de cerca cayó sobre él y le redujo a la impotencia.

PETRA Pues nos hemos llevado un susto... Porque, claro, como te oímos pedir auxilio, pues le dije yo a éste: vamos porque como Mary es así, ha hecho con el pobre Jorge alguna barbaridad.

MARY Mujer, muchas gracias.

LUIS (Por Miguel.) No hay más que verle para comprender que es un asesino.

MIG. (El susto que te voy a dar mañana por la noche cuando te abra la puerta.)

LUIS Estos hombres debían ser exterminados. (Dándole un puñetazo.) ¿Qué venía usted a hacer aquí, miserable?

MIG. Eh, amigo: le va usted a pegar a una tía suya, porquea mí ..

CALD. ¡Silencio!

MIG. (Aparte a Calderón.) Pues que se estén quietos, caray, que me estoy yo solo cargando el el drama.

CALD. (En energúmeno.) ¡Digo que silencio! (A todos.) Señores: he cumplido con mi deber. Supli-

co a todos me dejen marchar llevándome a este por delante. (Empieza a desatarle.)

JORGE Con mucho gusto. (Llama a un timbre.)

MIG. (Muy natural.) Sí, hombre, vámonos ya, caray.

MARY (Exaltada.) ¡No!

TODOS ¿Eh?

MARY ¡Que no! Yo me entiendo y bailo sola.

CALD. (Ya cargado) Pues baile usted, señora. ¡Vámonos, Sanjurjo!

SIM. (Apareciendo en la puerta.) O-a-sis Este hombre. .

JORGE Acompañe usted a este señor, Simona.

MARY (Imponiéndose.) ¡De ningún modo! (Aparte a Calderón.) A mí no me estafa usted la tragedia (A su marido enérgicamente.) ¡Jorgito! (Acercándose a él y acariciándole muy melosa.) Jorgito. .

JORGE (A Calderón.) Espere un momento. (Quedan hablando en un grupo Mary, Luis Petra y Jorge.)

CALD (¿Ah, sí?) (A Simona.) Usted quiere salvar a su novio? Pues dentro de un rato entre usted aquí gritando, fuego. No, fuego, no, porque se comprobaría en el acto que no era cierto Bueno. Diga usted algo que nos obligue a todos a salir corriendo, para que su novio y yo podamos escapar.

SIM Sí, señor.

CALD. A ver qué se le ocurre a usted. Piense usted.

SIM. Sí, señor.

MARY (A Simona.) Márchese, Simona.

SIM. Voy. (Haciendo mutis.) Algo que no sea fuego y que se asusten... ¡O a-sis!

MARY (Muy cariñosa, a su marido.) ¡Que no se vaya sin decirlo Jorgito, que no se vaya! Tú, que eres tan bueno, compláceme.

JORGE Por Dios, Mary. Un momento que se retrase la acción de la justicia. .

CALD. ¿Qué combinación histérica se le habrá ocurrido?

MIG. Oiga usted, señora

MARY (Dándole un metido en un costado.) ¡Enmudece, Sanjurjo!

MIG. ¡Uf!

MARY Señor Calderón. ¿Y usted por qué sabía que este hombre pensaba entrar aquí esta noche? ¡Ah! Porque es que... ¡Ah!

CALD. ¡Ah! Sí. Es muy sencillo. (Yo no me callo.)

Sencillísimo. (Echando mucho humo.) Es muy sencillo.

MARY (¡Dios mío, que se atasque!)

CALD. Esta noche, serían las nueve, pasaba yo por la Ronda de Atocha y oí que de una casa de pobrísimo aspecto partían ayes de dolor y gritos de angustia: ¡Manuel, Manuel mío! .. Empuñé el revólver, entré y se ofreció a mis ojos un espectáculo horrorizante, un cuadro aterrador. Sobre un gran charco de sangre caía como una maza un hombre moribundo Junto a él, una pobre mujer gritaba enloquecida: «¿De dónde vienes, Manolo?»... Cerca, muy cerca, en una humilde cuna, un angelote de ocho meses, rubio como la mies, bello como un amor, reía, reía (Latiguilleando.) como si la vida que empieza riera de la vida que acaba, como si el tierno brote, seguro de sí mismo, riera del añoso tronco desgajado por la fuerza imperiosa de ese elemento que se llama huracán que se llama aquilón, que se llama viento.

MARY (Entusiasmada.) ¡Bravo!

CALD. (¡A mí con trucos!)

MIG. (Acongojado.) (¡Qué bruto! ¿Pues no me está haciendo llorar?)

CALD. (Después de fumar Con gran misterio, infundiendo pavor.) Aquel hombre, vilmente asesinado por la espald era el sereno de esta calle.

VOZ (Con voz tétrica, en la calle) ¡Sereno!

(Todos se estremecen.)

PETRA (Horrorizada) ¡¡Oh!!

LUIS ¡Qué horror!

JORGE ¡Qué espanto!

MARY ¡Ay, ay, ay!. .

MIG. (Llorando, a Calderón.) No recargue usté tanto, que me van a dar un golpe.

JORGE ¡Pobre Manuel!

CALD. Manuel Nogueira y Salgueira. ¡Ese era su nombre!

LUIS ¡Pobre Nogueira!

MARY ¡Pobre Salgueira!

CALD. (En tétrico.) Un sólo detelle me dió la clave del enigma. El cinturón y las llaves habían desaparecido. Lo comprendí todo. Sin saber por qué, pensé en ese hombre (Por Miguel.) en el Pardo. Yo sabía que El Pardo estaba en Madrid. Corrí a esta calle, obser-

vé, y, en efecto, vi que era él, ¡él, quién venía a sustituir al sereno asesinado! ¡El era el asesino! (Gran silencio; el pánico es de los que cortan la respiración. Dos golpes secos suenan arriba la lámpara se mueve. Estremecimiento general.) Sí, Sanjurjo, te observé, te vi penetrar en esta casa gracias a esas llaves que robaste a tu víctima. ¡Miradlas! (Le desabrocha la americana.) Vi cómo salías a uno de los balcones de ese cuarto deshabitado, vi cómo saltabas a éste, y entonces... trepé, como yo sólo sé hacerlo, y caí sobre ti como cae el milano sobre la torpe avecilla que ajena al peligro de sus garras picotea aqui y allá ora en los juncales, ora en el barbecho que se ara, ora en la era. (Respira satisfecho desafiando a Mary con la mirada y termina imitándola.) ¡Ah!

PETRA ¡Dios mío! ¿Y ha podido usted trepar por la pared hasta este piso?

JORGE Es prodigioso.

EUIS Admirable.

CALD. Bah... teniendo costumbre... se trepa facilmente. En fin, señores, voy a desatar a este bandido y nos retiramos.

JORGE Sí, sí, cuanto antes mejor.

MARY (¡Ay, que se van!) Pero Jorge.. ¡Jorge! (A todos.) ¿Han visto ustedes qué maridito tengo? ¡Insoportable! ¿Es que no tienes ni la sospecha de que esto sea un embrollo? ¿Es que te quedas tan tranquilo teniendo una mujer tan guapa?

JORGE ¿Pero qué quieres decir, mujer?

MARY Hablaré yo por ti, sangre de horchata Ponte ahí: tú eres yo, yo soy tú. (A Calderón.) Caballero, doy a usted las gracias por el inmenso favor que me ha hecho. ¡Ah!

CALD. (Rendidísimo y dándole la mano.) Señora...

MARY (Rechazándosela de un manotazo.) La señora es ese Continúo. Gracias mil, pero... (Furiosa.) ¡Ah, si me engañaran ustedes! ¡Ah, si esto fuera una vil impostura!

JORGE Mira, Mary...

MARY Calla, rica. ¡Ah, si fuera una traición! Porque mi mujer es guapa, rubia, atortolante, flirteadora y algo chalá. ¡Ah! ¿Y si hubieran ustedes entrado por ella? ¡No! ¡No quiero crerlo! (Muy amable.) Haga usted, señor Canto, el obsequio de desvanecer mi sospe-

cha. Una sola prueba me daría la tranquilidad. (Por Miguel) Mientras permanece aquí amarrado este tío feo, hágame usted la merced de salir al balcón y trepar por la pared hacia arriba.

CALD. (A Jorge.) Le aseguro a usted..

JORGE Caballero, permítame usted. Mi situación es un poco delicada; no debo recibir lecciones de mi mujer, ni puedo pasar a sus ojos como un marido que se convence fácilmente. Póngase usted en mi caso. Hágame el favor de trepar.

MIG. (Ahora me paga este los mamporros que m'han dao) ¡Sí, que trepe! ¡Aaaag!

CALD. (Hombre, ¿sí?) (A Jorge.) Caballero, comprenda usted que jamás he trepado por *sport*, y que...

MARY ¡Ah! ¡Ah!

CALD No, si treparé, claro que treparé; pero necesito un estímulo. (Desata a Miguel.)

MARY ¿Qué hace usted?

CALD. Desatar a este pájaro y buscar el estímulo, porque éste va a trepar delante de mí.

MARY ¡Huy, qué bonito!

CALD Ya está.

MIG. Ahora me toca a mí. Caballeros: ¡yo, no! A mí no... Yo voy a decir la verdad.

CALD. ¡Calla! Señores, un momento.

MARY Jorge, ¿no dudas?

JORGE Lo que quieras, Mary. (Revólver en mano y muy fino, a Calderón) Caballero, trepe usted.

CALD. (A Miguel.) ¡¡Trepa, miserable!!

JORGE (A Calderón.) Vamos.

CALD. (A Miguel.) Vamos. (Le empuja y entran los dos en el balcón.)

PETRA ¡Qué horror!

LUIS ¡Jesús!

MARY ¡Ay, ay, ay!

JORGE (Con calma.) Silencio, tranquilidad y silencio!

VOZ (Voz de mujer dentro.) ¡¡Calderón!!... ¡Infame!... ¡¡Tú!!...

(Cae en escena una pesa de medio kilo.)

MIG. (Entrando de un salto.) ¡Caray!

CALD. (Idem, asustadísimo.) ¡Mi mujer!

TODOS ¿Eh?

CALD. ¡¡Mi mujer!!

LUIS Pero...

CALD. (Apuradísimo.) ¡Salvadme! (A Mary.) Señora...

¡Por Wilson!... (A Jorge.) Caballero... ¡Por su madre de usted!

MARY (¡Ahora se arma!)

MIG. (Con la pesa en la mano.) ¿Es esto es lo que ha tirado?

CALD. Sí, cuando ya lo rompe todo, me aguarda en el balcón con el medio kilo en la diestra y me lo arroja. ¡Salvadme!

JORGE (Jugando con el revólver.) De manera que usted no es Canto...

CALD. No, señor, eso de Canto es música. Yo soy Calderón. Su esposa le explicará...

JORGE (Tranquilo.) Bien. Tú dirás, Mary.

MARY (¡Dios mío! ¿Pero no se pica este hombre?)

JORGE Habla

MARY Sí, hablaré. ¿A qué mentir por más tiempo? Es Calderón... ¿No estallas? ¿No saltas? ¡Es Calderón! Está aquí por que me adora, ¿lo oyes bien?

CALD. ¡¡Señora!!... (Se parapeta tras Miguel.)

MARY ¡Porque me ama!... ¡Sí!... Ha venido con éste, con su primo, para raptarme...

MIG. ¡Oiga usted, señora, que primadas, no! (Se parapeta tras Calderón.)

MARY ¡Silencio! ¡Ruge, Jorge!... ¡Salta!... ¡Dispara...

PETRA ¡¡Mary!!

LUIS ¡¡Pero Mary!!

MARY ¡¡Dispara!!

MIG. (Menos mal que está descargao.)

JORGE Dispararé, sí; pero sobre mi frente. No quiero sobrevivir a esta deshonra y me mato. Las seis balas de este revólver pondrán fin a mi triste existencia. Adiós para siempre. (Entra en el cuarto de baño y cierra la puerta.)

(Petra se sienta en la «chaisse-longue», presa de una intensa crisis nerviosa, Luis la auxilia como puede.)

MIG. (Muy apurado sacando las balas que tiene en el bolsillo.) ¿Ha dicho seis? (Contándolas.) ¡Cinco! (A Mary.) Señora, que no le ha quitado usted nada más que cinco cláusulas; que tiene una.

MARY (Gritando.) ¡¡Ah!!... ¡¡Que tiene una!! ¡¡Jorge!! ¡No tires! ¡Que tiene una!...

CALD. (Idem.) ¡Que tiene una!

MIG. ¡Que tiene una!

TODOS ¡Que tiene una!

JORGE (Entrando en escena un poco asustado.) Pues es verdad. (Todos respiran.) Yo creí que le habías

quitado las seis, cuando te acercaste a la mesilla mientras yo fingía dormir.

TODOS ¿Eh?

JORGE ¡Caramba, qué barbaridad! Pues si le disparo aquí al vecino como pensé, lo dejo seco. No se puede jugar con estas cosas, Mary.

CALD. ¿Pero usted?

MARY ¿Pero tú?

JORGE Claro, mujer; no he perdido una sílaba de cuanto han hablado ustedes mientras me creían ustedes dormido.

MARY De manera que yo he hecho el ridículo.

JORGE Completamente.

(Calderón respira a sus anchas.)

MIG. Hombre, esto ha estao güeno.

MARY (Encarándose con Miguel.) Y a todo esto, usted, ¿quién es?

MIG. El novio de la Simona.

MARY ¡Ah! ¿Sí? Ahora mismo la planto en la calle. ¿Dónde está?

CALD. Yo le supliqué que pensara algo que nos asustara a todos para facilitar nuestra huída.

MIG. Sabe Dios lo que se le ocurrirá, porque tiene menos imaginación que un galápago.

SIM. (Entra gritando como una loca) ¡Ay! ¡Dios mío! Salvadme! ¡Socorro!... ¡¡¡Un toro!!!

(Todos se echan a reir.)

MIG. De Guadalajara tenías tú que ser. Miá que un toro en un tercer piso. ¡Quita, taurófila!

CALD. Bueno, ¿y cómo convenzo yo ahora a mi mujer?...

MARY Es muy sencillo: subiremos todos con usted y aclararemos lo sucedido.

JORGE Me parece muy bien.

MARY No ha sido mala lección,
Jorgito, la que me has dado.
(Al público.)
Aplaudid si os ha gustado
«UN DRAMA DE CALDERÓN».

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Décima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música dei maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

Lopez de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.
El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.
Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.
El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
La traición, melodrama en tres actos.
Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.
Adán y Evans, monólogo.
El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición).
Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.
El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo (Segunda edición.)
John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)
Los rifeños, entremés en prosa.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición).

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus piés, entremés.

La casona, comedia dramática en dos actos.

Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Garabito, chascarrillo en prosa.

La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La fórmula 3 K^3, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Las famosas asturianas, comedia en tres actos de Lope de Vega. Refundición.

La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Tercera edición.)

La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición).

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos.

Obras de Pedro Pérez Fernández

Al balcón, juguete cómico.
Lola, diálogo.
Tal para cual, juguete cómico.
La primera lección, monólogo.
Las Marimoñas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.
Los Florete, juguete cómico.
El sino perro, entremés.
El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.
Boceto al óleo, juguete cómico.
Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.
La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
A la lunita clara, entremés.
A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.
El gordo en Sevilla, sainete.
Para pescar un novio... paso de comedia.
El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.
La fuerza de un querer, comedia en un acto.
¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.
La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición española.
La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto.
Me dijiste que era fea... comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa.
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Las pavas, apropósito cómico-lírico, música del maestro Foglietti.
El señor Pandolfo, farsa lírica en tres actos, música de Amadeo Vives.
Las mujeres mandan o *Contra pereza diligencia*, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros.
Los últimos frescos, sainete en dos actos.
El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El presidente Mínguez, astrakanada lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Luna.
Paz y Ventura o el que la busca la encuentra, sainete en un acto y en prosa, música de los maestros Fuentes y Foglietti.
Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.
La última astracanada, juguete cómico-lírico en un acto, dividido en un prólogo y cuatro cuadros, música del maestro Eduardo Fuentes.
Los rifeños, entremés en prosa.
El oro del moro, sainete en dos actos, inspirado en una copla andaluza.
El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición).
El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.
De rodillas y a tus piés, entremés.
La fórmula 3 K^3, disparate en un acto. (Segunda edición.)
Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos.

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)